

Facetas históricas de la Virgen de la Cabeza de Sierra Morena (*)

Por Carlos de Torres Laguna

Dr. en Medicina y Cirugía y Académico correspondiente de la Real de la Historia

DIGNÍSIMAS autoridades, señoras y señores:

Dice el filósofo Sócrates que “el principio es la mitad del todo, porque implícitamente está contenido en él lo que después se deriva”, y nuestro pueblo, sagaz observador, dice sentenciosamente que “principio quieren las cosas”, queriendo expresar con ello filosóficamente, que no hay cosa sin principio. Si, pues, el principio de cada cosa tiene esta enorme importancia que Sócrates le asigna y nuestro pueblo le da, lógico será al empezar alguna cosa, el comenzarla por su auténtico principio, si queremos no incurrir en el error.

Todo este metafísico preámbulo, que graciosamente os ruego me perdoneis, viene a cuento, porque al dar principio a este trabajo mío, no he dudado ni un momento que su principio no puede ser otro que la expresión sincera y justa del estado anímico que en estos momentos me embarga y que tiene su más exacta expresión y traducción al lenguaje, en una palabra de nuestro diccionario castellano: ¡gratitud!

Sí, señores, ¡gratitud, a la gloriosa Virgen de la Cabeza, que al guiar mis pasos en la tierra, nunca me negó su divina

(*) Discurso de ingreso en el Instituto de Estudios Giennenses, leído por su autor en la solemne sesión pública del día 30 de marzo del corriente año.

protección y amparo. ¡Gratitud. a la muy noble y muy leal ciudad de Andújar, la tierra de mis mayores. en la que han florecido los más grandes y queridos afectos de mi vida. Gratitud a la Virgen de la Cabeza y a la ciudad de Andújar que, fundidas en un sentimiento sutil y delicado—tan intenso como profundo—me han llevado a concebir la idea de escribir la historia de ambas—idea tal vez ambiciosa y desmedida a mis modestas posibilidades de historiador—y que al ejecutarla lanzando al fértil campo literario de nuestra provincia mi primer libro titulado ILITURGI, me ha valido el inmerecido honor de que se me nombre Consejero de Número de este Instituto de Estudios Giennenses; más por vuestra benevolencia y generosidad, que por la valía de mis escasos méritos; más, porque con tal honor, habeis querido premiar con largueza mi buena voluntad y noble deseo, que el acierto en la realización del propósito. Y también quisiera asociaros a todos vosotros, señores consejeros del Instituto, a esta gratitud mía tan intensamente sentida como sinceramente expresada, no sólo porque el no hacerlo sería injusticia grande, sino porque con ello quisiera saldar ese haber honorífico tan generosamente abierto a mi favor.

Y si no ha existido vacilación en lo que había de ser el principio de este trabajo, tampoco la ha habido en el asunto a tratar: cuestiones relacionadas con la Virgen de la Cabeza de Sierra Morena. Tal vez pudieran ser unas glosas leves de lo que la Historia dice. O unas glosas aladas de lo que los literatos y poetas cantaron en su honor. O unas glosas que analicen las raíces psicológicas y espirituales de los sentimientos tiernos y delicados que inspiró en todas las épocas a las multitudes entusiastas que la visitaron en su Santuario y a los hombres que a Ella acudieron, unos para alabarla y agradecerle los favores otorgados y otros para pedirle protección y amparo en los difíciles trances de la vida.

Amplios temas y encantadores panoramas que se presentan con toda su atrayente belleza ante los ojos del espíritu solicitan nuestra atención y que yo aspiraría a desarrollar con visión subjetiva, fiando más en vuestra benevolencia, que en mis aptitudes para llevarlo a feliz término. Asuntos en los que conver-

gen fácilmente los sentimientos espirituales de los habitantes del Santo Reino—esta hermosa tierra que nos tocó en suerte vivir—, de Andalucía entera y de media España, porque el Santuario de la Virgen de la Cabeza de Sierra Morena, situado al norte físico de nuestra región, presidiendo afanes y desvelos desde su alta cumbre fácilmente visible de todos, es también el norte que atrae la aguja imantada de nuestros corazones imprimiéndosele inequívoca dirección en la ruta moral de esta vida.

Así como se ha dicho ciertamente, que todos los caminos del espíritu cristiano conducen a Roma, bien pudiera decir yo con sobrado fundamento, que todos los caminos en el orden religioso, histórico, literario y sentimental del Santo Reino, de Andalucía y de gran parte de España, conducen al Santuario de la Virgen de la Cabeza, hasta el punto de poderse afirmar con certeza de juicio, que estos caminos de España—caminos marianos por excelencia—en todas las épocas fueron caminos de peregrinación y romería hacia el Santuario de Sierra Morena. Así lo dicen y proclaman los caminos de más de trescientas poblaciones españolas en las que ha existido o existe aún una tradición de fervor a nuestra Virgen de la Cabeza. Caminos que recorridos por sacerdotes y frailes llegan al borde mismo del océano y en frágiles carabelas y naos enlazan con los de América, en donde los mínimos implantaron la devoción a la Virgen de la Cabeza, y de esto hay testimonios tan verídicos como abundantes que sería prolijo el enumerar en este lugar.

Interesante y encantador sería para mí—también creo lo sería para vosotros—ir en fervorosa peregrinación espiritual al Santuario de Sierra Morena por esos caminos marianos tan españoles. Yo quisiera hacer una exploración histórica por ellos y ver cómo reaccionaron los espíritus selectos y las luminosas almas de los que nos precedieron en su recorrido, llámense poetas, literatos, historiadores, santos, místicos o guerreros. Mas hemos de renunciar a tan atrayente tentación, como espiritual deseo—por razones de tiempo, especialmente—, y limitarnos a hacer una breve descubierta por el amplio campo de la historia de la Virgen de la Cabeza y de su Santuario de Sierra Morena, deteniéndonos tan sólo en algunas

de las muchas cuestiones que su conocimiento nos plantea. Estas cuestiones implican, según mi manera de ver, y se relacionan, con los siguientes puntos: la aparición, secuencias de la aparición, la aparición a la luz de la razón y de la fe; el origen de la imagen; tradiciones sobre la imagen, la crítica histórica y la imagen; semblanza del pastor de Colomera; fundación y desenvolvimiento de la cofradía; la advocación; fundación y desenvolvimiento del Santuario; la romería y su evolución; la fiesta; cofrades y romeros; los milagros; Cervantes, primer cronista de la romería; los pleitos; el culto a la Virgen de la Cabeza y su evolución en siete siglos y medio; expansión del mismo en España y América; los franceses y nuestras luchas civiles del siglo XIX en el Santuario; la coronación; el VII centenario; la creación del rosario monumetal; establecimiento de los PP. Trinitarios en el Santuario; la epopeya; reconstrucción del Santuario; los escritores y los poetas del Santuario y, por último, las notas actuales que pronto serán historia pura: año jubilar, reconcoronación y proclamación como patrona de la diócesis de San Eufrasio. Con todos estos puntos, especialmente con los mencionados en la primera parte de la relación, hay interesantes cuestiones dignas de estudio y de conocimiento, que yo planteo y expongo en los capítulos del libro que, prologado por el Excmo. y Rvdmo. señor don Félix Romero Menjibar—nuestro querido prelado, a quien rindo mi profundo reconocimiento y gratitud por el honor que benévolamente me ha dispensado—se publicará muy en breve. Aquí tan sólo voy a someter a vuestra consideración estos puntos: la aparición, el pastor y la imagen. Estos puntos los consideramos claves, para el conocimiento de la historia de la Virgen de la Cabeza. Y no se crea por nadie, que los desorbitamos un tanto caprichosamente, llevados de nuestra amorosa pasión por los valores localistas de carácter espiritual o histórico. Su gran importancia dimana de las facetas psicológicas, religiosas y sociales que ellos representan, según vamos a ver inmediatamente.

EL hecho cumbre de la historia de la Virgen de la Cabeza y de su Santuario de Sierra Morena, es la aparición de la imagen de la Virgen al pastor de Colomera, en la cima del cerro del Cabezo.

Si bien se mira y desde el punto de vista de la crítica histórica, es el fundamento del cual se deriva todo lo relacionado con las cuestiones anteriormente enumeradas. A nuestro modo de ver las cosas y para la mayor gloria de la Virgen de la Cabeza, hay en su historia una verdad absoluta, a la que hay que despojar de todas las patrañas y falsas leyendas en que ha sido envuelta por algunas gentes y escritores en el transcurso de los tiempos. Tanto la tradición como los tratadistas de la Aparición nos refieren el modo en que tal hecho histórico se produjo, y aunque en el fondo y esencia hay coincidencia absoluta, también hay ciertas discrepancias en lo accesorio, que por contradictorias hemos de rechazar. Por tal motivo y para arrancar de un punto de partida que por todos se pueda considerar como de certeza absoluta, vamos a valernos de la narración de Salcedo Olid, hecha por él en su obra titulada "Panegírico Historial de Nuestra Señora de la Cabeza". Para nosotros tiene la garantía que le da la precisión del lenguaje escrito y el ser la más antigua, que por escrito, se conoce. Al escribirla Salcedo Olid, hubo de valerse de la tradición que hasta él pudo llegar oralmente cuatro siglos antes que a nosotros, y por tanto más pura o menos adulterada, y de textos escritos que hasta él pudieron llegar—aunque este extremo parece no estar probado, según confiesa este autor—pero que desde luego no llegaron a nosotros, por lo que nos son desconocidos.

Lo que voy a decir a continuación pudiera considerarse superfluo, por la mayor parte de mis posibles oyentes. Está tan extendida y profundamente arraigada la fe a la Virgen de la Cabeza de Sierra Morena, que a muchos les parecerá un tanto extraño. Concedo que efectivamente es así para la inmensa multitud fervorosa y apasionada que acude al Cerro a rendir pletesía y homenaje a la Morenita, en los bullangueros días de su fiesta abrileña, o en los tranquilos y apacibles del resto del año;

ni los peregrinos entusiastas, ni los romeros de abolengo, ni los cofrades de fervor heredado, ni en general, cuantos aman y quieren a nuestra Virgen.

Las consideraciones que vais a oír seguidamente tienen su razón de ser y de decirse en este lugar, en atención a los pocos a quienes van dirigidas: los escépticos, los indiferentes y los tibios en materia de religión. Ante la fe explosiva y apasionada que supone el contenido de este trabajo, pudieran reaccionar con la sonrisa de su escepticismo, de su indiferencia o de su tibieza. Por esta razón, un examen crítico y desapasionado de la Aparición, se impone desde el primer momento, para todos los que deseen descorrer el velo de su apática, cuando no—tal vez—altiva ignorancia.

Pero antes de proceder a este examen crítico, tenemos que hacer una aclaración de la mayor importancia: vamos a considerar el hecho de la Aparición desde un punto de vista histórico y de orden humano. Con estudiar este sorprendente hecho a la luz de la crítica, creemos haber cumplido con nuestro deber de modesto historiador de Andújar y prestado un servicio a la verdad, a cuya luz, los escépticos, los indiferentes y los tibios puedan tomar resoluciones que iluminen su razón y fortalezcan su fe.

La cuestión que nos planteamos con toda crudeza y claridad, en el más amplio terreno de esos escepticismos e indiferencias, es la de si realmente hubo o no hubo aparición de la Virgen al pastor de Colomera.

Nadie se escandalice por esta proposición hecha a la razón y a la fe. La fe concierne de una manera propia e inmediata, al entendimiento humano. Creer y no creer son actos que sólo la facultad intelectual puede realizar. Pero esto no significa que el entendimiento verifique el acto de creer sin necesidad de ninguna ayuda y condición. "Creer—dice Santo Tomás en la Summa Teológica, II, q, 2 a 9—es el acto del entendimiento que asiente a la verdad divina imperado por la voluntad, a lo que Dios mueve mediante la gracia". Es el entendimiento, no la voluntad, la que tiene la facultad de asentir o disentir ante cualquier proposición—según Millán Pueyes, en sus fundamentos de Filosofía, t. I, c. II. 1.

Reflexionemos sobre las circunstancias que concurren en el hecho histórico de la aparición al pastor, tomando como base la conocida narración de Salcedo Olid, como queda dicho anteriormente.

¿Hay engaño en la aparición al pastor o no lo hay? Si hay engaño, las víctimas del engaño pueden ser, en primer término, el pastor; en segundo término, la multitud, que intervino en la comprobación del hecho. Lo primero supone, que el pastor—de buena fe—fue el engañado; lo segundo implica, que el pastor—¡buen comediante!—engañó con una patraña—¡y qué patraña!—a la ingenua y sencilla multitud. ¡Cuánta ingenuidad y cuánta sencillez!

La primera circunstancia extraordinaria que llama la atención del pastor es: “Algunas noches del mes de agosto, en medio de las tinieblas, veía centellear unas vislumbres de luz resplandecientes que iluminaban la montaña donde guardaba el ganado y que le llevaban el corazón y los ojos”. Son palabras de Salcedo Olid.

Esa “luz resplandeciente” es de carácter extraordinario y sobrenatural, hasta el punto de que le “lleva el corazón y los ojos”. No es luz natural del cielo; relámpagos, aurora boreal, estrellas fugaces, fuego de San Telmo, cometa, etc.; ni luz natural de la tierra: fuegos fatuos, incendio o algo similar y de origen terreno. El pastor, hombre de campo, acostumbrado a observar todos los fenómenos de la naturaleza, no puede engañarse fácilmente en este aspecto. Decir haber visto tan extraño fenómeno luminoso a los demás, sin haberlo visto realmente tratando de engañarlos, a nada conduciría prácticamente; sería ponerse en evidencia ante la gente, que le tendrían por un alucinado o un loco.

La segunda circunstancia extraordinaria de la narración de Salcedo Olid, es el sonido de una campana que toca sola. No hay alucinación posible en el pastor, puesto que se confirma posteriormente la existencia de la campana.

Una vez llegado el pastor a la cumbre del Cerro, surge la tercera circunstancia extraordinaria: hay una imagen de la Virgen en la concavidad de dos peñas, envuelta en unos “globos de luces, junto a una campana”, orígenes y causas respectivas

de las luces y tañidos observados en noches anteriores. En esto de encontrarse la imagen en sitio tan poco adecuado y en circunstancias tan extraordinarias, tampoco cabe engaño por parte del pastor y de los que después pudieron comprobar su existencia a placer. La imagen no puede haberla hecho el pastor: al no ser escultor, es incapaz de ejecutar una obra con las perfecciones artísticas que la imagen presenta; no hay cedros entre la flora de Sierra Morena, con cuya madera poderla fabricar; es hombre rústico, sin posibilidades para vestirla adecuadamente, por sí mismo y sin complicidades de nadie, que difícilmente se hubiese prestado a una superchería; no tiene a su alcance una gubia ni instrumentos adecuados, encaminados al mismo fin de construirla, y, finalmente, es manco hasta el punto de no poderse manejar más que con una mano. La imagen no es de construcción reciente, antes denota antigüedad en sus detalles que no escapan a la sagacidad y conocimiento de los entendidos. La campana tampoco la ha podido construir el pastor, ni menos ha podido transportarla a tan escabroso lugar sin ayuda y complicidad de otro; tiene la pátina y el óxido que le da una larga permanencia de siglos a la intemperie. En todo esto, ni el pastor ha podido engañarse, ni engañar a los demás. También tiene la comprobación inmediata de las multitudes, cuando acuden al lugar del prodigio.

La Virgen habla y manda al pastor que se construya un templo en aquel lugar. Aquí tenemos la cuarta circunstancia extraordinaria que se da en el hecho, objeto de nuestro análisis. Ahora vemos claramente que el pastor, pese a su rusticidad y sencillez, era hombre ponderado, de inteligencia natural y bien intencionado. Créese firmemente y ve, cómo la Virgen le habla; no hay superchería en ello, ni alucinación posible, ya que de haberlas por parte suya, es el primero en comprender que sus palabras no serían creídas por nadie. Y esta creencia está tan arraigada en él, que ante la pasmosa realidad que sus sentidos experimentan, se atreve a exponer la imposibilidad de ser creído por los demás, y entonces surge la última circunstancia extraordinaria y sobrenatural: su brazo paralítico, manco, imposible de todo movimiento desde los tiernos años de su infancia, por imperio y voluntad de la Virgen, al punto recobra su

movimiento natural. Con esto se persuade y convence el pastor plenamente, de que va a ser creído por todos; el mandato de la Virgen será ejecutado y hasta los más incrédulos creerán el prodigio, que es el conjunto de prodigios, de su aparición.

En las circunstancias extraordinarias antes apuntadas hay factores de carácter material y objetivo, y otros de carácter inmaterial y subjetivo, que pudieron ser comprobados por las gentes que fueron al sitio de la aparición apenas ocurrida. Estas gentes estaban integradas por personas de toda condición y calidad social: gente del pueblo, soldados, curiales, autoridades, menestrales y sacerdotes. Todo fue visto y analizado detenidamente, según la narración de Salcedo Olid, y no era fácil ni difícil—porque realmente era imposible—que todos se pusieran de acuerdo para una superchería, que suponía a su vez un conjunto de ellas también imposibles de realizar y hasta de concebir. La campana, la imagen y la curación del brazo manco, son factores de orden material y objetivo, comprobados por todos al unísono, que complementan y confirman a su vez los otros factores inmateriales y subjetivos, como las luces extraordinarias, el tañido de la campana y el mandato de la Virgen.

Ante la Historia, no cabe la posibilidad de que el hecho de la aparición de la Virgen haya sido inventado a título de leyenda por algún historiador o escritor desaprensivo o imaginativo, y convertido en realidad por las multitudes impresionables en el correr de los siglos. La Historia, en una sucesión ininterrumpida—desde los años de tan memorable hecho, hasta nuestros días—a través de innumerables autores, nos lo dice sin lugar a dudas, y lo confirma además una tradición tan difícilmente recusable como lo es sus famosas y multiseculares romerías al Santuario de Sierra Morena, desde que tuvo lugar la terminación de su construcción, en los primeros años del siglo XIV.

No se puede recusar ni dudar por tanto, de la aparición milagrosa de la Virgen de la Cabeza al pastor de Colomera. Es de razón admitirlo, hasta el punto de que el rechazarlo sería poco razonable. La historia crítica nos lo dice y la tradición también, y ambas lo confirman con rasgos veraces de indeleble autenticidad y claridad meridianas.

Bien pueden los hombres, de fe en nuestra Virgen, recrear·

se en ella; los tibios, aumentarla; y los escépticos, salir de su postura ante lo que la razón humana—leve reflejo de la sabiduría divina—nos dicta. La razón en este caso acude en ayuda de la fe para fortificarla y engrandecerla, porque lejos de ser incompatibles, se complementan.

* * *

EN el aspecto humano, el principal protagonista de la historia de la Virgen de la Cabeza, es el pastor de Colomera a quien la Virgen se apareció. Desde el punto de la crítica histórica, es una de las facetas más importantes de dicha historia y también—¡triste es decirlo!—acaso la más necesitada de que se haga luz clara, para despejar incógnitas, rechazar falsas leyendas y depurar la tradición.

De este afortunado pastor de Colomera, que tuvo la dicha de hablar en vida cara a cara con la Santísima Virgen, se sabe bien poco, y, desde luego, bastante menos de lo que el público cree. Puedo decir por adelantado y con sobrado fundamento, que no sabemos ni siquiera el nombre. Juan de Rivas se llama ahora por todo el mundo, con muy poco fundamento histórico, según vamos a ver seguidamente.

Bajo el socorrido argumento de la tradición, vemos una vez más, cómo se han ido acumulando sobre el pastor, desaprensiva y alegremente, datos y detalles, que, sin ser muchos, han venido a falsear su personalidad, sin una razón convincente y sin una argumentación—¡al menos!—con algo de lógica. Hay notable diferencia entre el pastor simplemente mencionado por Terrones Robles y el pastor descrito y hasta biografiado por algunos autores y cronistas modernos. Parece que también aquí los falsos cronicones empezaron a hacer de las suyas, y que el tiempo ha completado la obra falseándola una vez más, con la colaboración y ayuda—tal vez inconsciente—de unos y la negligencia de otros.

No está en nuestro ánimo, siguiendo normas al uso, hacer en esta ocasión una exposición, ni siquiera somera y breve, de las directrices seguidas por las multiseculares generaciones en este fervor mariano, con los hechos históricos a que ello ha

dado lugar. Es labor que aquí reputamos superflua, puesto que a este quehacer se dedica gran parte del libro, escrito por mí, y cuya publicación queda apuntada anteriormente. Pero no podemos omitir algunas circunstancias desviacionistas de la verdad histórica, producidas en el correr del tiempo y que han sido incorporadas a la historia mediante el comodín de *la tradición*. como sucede con el pastor. Circunstancias desviacionistas que afectan a la verdad de la historia de la Virgen de la Cabeza, aunque no a ese primitivo fervor mariano en toda su intensidad y pureza, ni a su esencial y auténtico fondo religioso; circunstancias perturbadoras que han servido para trastocar—en parte—su historia, adornándola con leyendas falsas y tradiciones absurdas. ¡Como si la verdadera y auténtica historia de la Virgen de la Cabeza necesitase de estos postizos y grotescos aderezos para ser realmente sorprendente y extraordinaria!

Ambrosio de Morales y Argote de Molina en las breves referencias hechas sobre la Virgen de la Cabeza en sus obras del siglo XVI, nada nos dicen del pastor. Realmente tratan estos puntos tan de pasada, que la cosa no debe chocarnos. Terrones Robles—en el capítulo XXVI, folio 177, de su historia de Andújar—dice, que la Virgen se apareció a “un pastor manco de una mano”. Nada menciona sobre el nombre y naturaleza.

Salcedo Olid, más explícito—pero no mucho—dice: “Un pastor natural de Colomera (que entonces era de moros) hijo de cautivos cristianos de aquella villa, el cual también había vivido después en Arjona en la misma servidumbre y habiendo conseguido libertad, estaba en Andújar ocupado en aquel humilde y pobre ejercicio”. Y más adelante agrega el dato: “brazo y mano de que estaba manco”. Tampoco este autor nos da el nombre del pastor.

El capellán de la Virgen de la Cabeza, Bartolomé Pérez y Guzmán, publica en el año 1745—según las licencias—su *Tratado del Aparecimiento de Nuestra Señora de la Cabeza de Sierra Morena*, inspirado en el libro de Salcedo Olid. Tanto, que casi lo sigue al pie de la letra. En el mismo nos dice que el pastor estaba *barbado de un brazo* y que era natural de Colomera. Y agrega el nombre del mismo: Juan de Ribas. Aquí surge por primera vez el nombre del pastor.

Poco más de un siglo después del anterior historiador, el doctor Jiménez Reche, en un opusculito del que es autor—año 1857—menciona al pastor de Colomera, manco de un brazo, sin que nos dé el nombre.

Don Santiago Mesía en el año 1890, en el prólogo de su álbum dedicado a la Virgen de la Cabeza, nos dice que el pastor se llamaba Juan Alonso de Rivas, manco y natural de Colomera.

Doña Luisa Fe Jiménez, en su historia publicada en el año 1900, nombra al pastor: le llaman Juan de Rivas o Juan Alonso de Rivas, indistintamente, natural de Colomera y manco.

El P. Gutiérrez en su obra—“Andújar y su Santuario, año 1947”—, siguiendo la versión de Salcedo Olid, no le da nombre al pastor cuando describe la aparición de la Virgen de la Cabeza. Incidentalmente, en algún capítulo, le llama Juan Alonso de Rivas, natural de Colomera y manco.

Por lo expuesto se puede sacar en concreto: la naturaleza del pastor—Colomera, villa de la provincia de Granada—y el que era manco. En cuanto al nombre, parece muy sospechoso, el que después de guardar silencio sobre él los dos autores locales más antiguos y caracterizados—Terrones y Salcedo—sea Pérez y Guzmán, un siglo después, el primero en dar el nombre, única aportación personal que el citado historiador hace, sin decir de dónde la ha sacado ni justificarlo documentalmente. Esto de llamarle Juan de Rivas al pastor de Colomera, es tradicional en Andújar y demás pueblos que tienen cofradía de la Virgen de la Cabeza. Lo interesante sería averiguar de cuándo data esta tradición y si ella es verdadera.

Nosotros opinamos que data de tiempos relativamente modernos y que tiene su origen en los falsos cronicones del siglo XVII. A pensar así nos mueve el hecho revelador de que Salcedo Olid, tan enamorado de las cosas relacionadas con la Virgen de la Cabeza y a la vez tan extenso, meticuloso y detallista, omita el nombre del pastor de Colomera.

Creer que hay olvido en cosa tan esencial, parece absurdo y chocante; si no había documentación en que apoyarse, al menos habría una tradición oral que señalar. Mas el caso es que Terrones—que publicó su libro veinte años antes que Salcedo—tampoco da el nombre bajo ningún concepto. Sencilla-

mente es, que del pastor de Colomera no se sabía el nombre.

¿Cómo aparece después este nombre? Ya lo hemos dicho. Es Pérez y Guzmán el primer autor que lo lanza conforme a lo apuntado y tan tímidamente que, en todo el libro, sólo lo menciona una vez, sin indicar de dónde lo ha sacado, ni señalar el documento de donde lo toma. Creemos nosotros que tal documento no existía, no ya porque lo dicen reiteradas veces Terrones y Salcedo, sino porque de haberlo—aparecido con posterioridad a ellos—lo sabríamos por los escritores que vinieron después y éstos no nos dicen nada en tal sentido. Y lo curioso es, que después de un siglo de Pérez y Guzmán, publica Jiménez Reche su libro y en el mismo no aparece el nombre de Juan de Rivas. Todo esto parece un tanto extraño, contradictorio y confuso. Se dirá que Pérez y Guzmán se hace eco de la tradición, que recoge y lanza por cuenta propia. Pero tal tradición no existía en la época de Terrones y Salcedo, según hemos visto. ¿Qué explicación tiene este enigma?

Bien pudiera ser que lo tomase de los falsos cronicones del siglo XVII—su pernicioso efecto se deja sentir ya en las obras de Terrones y Salcedo—o bien en la abundante literatura escrita en torno de la Virgen de la Cabeza. Fíjese bien el lector que decimos *literatura* escrita, y no *historia* escrita.

Lupercio Leonardo de Argensola escribió loas en honor de la Virgen de la Cabeza; el poeta Villegas compuso una comedia sobre la conversión del príncipe de Marruecos Muley Xequé, con motivo de asistir a una romería este príncipe en el siglo XVI, y que se imprimió en Madrid en el año 1605; hay noticias de otras loas y autos sacramentales de Lope de Vega y de otros muchos poetas más, escritos sobre motivos relacionados con la Virgen de la Cabeza. Es muy posible que, en estas obras literarias—de cierto fondo histórico, pero con las naturales licencias poéticas de ritual—al pastor de Colomera se le diese un nombre supuesto, y esto ha bastado para ser tomado por el señor Pérez y Guzmán al pie de la letra. Recientemente se le ha dado el nombre de Juan de Rivas, en Andújar, a un altozano llamado de Canillas desde tiempo inmemorial; esto tal vez será en un mañana incierto, un falso argumento en que se apoyará una también falsa tradición, para decir que ha sido siempre de

tradición el llamarle a tal altozano Juan de Rivas. Así se forman frecuentemente las tradiciones falsas, que con el tiempo, son difíciles de diferenciar de las verdaderas.

Pero hay también otra razón, a nuestro juicio de bastante fundamento, que afirma aún más nuestra tesis, anteriormente expresada: conocemos varias obras pictóricas anteriores al siglo XVIII, cuyo asunto es el de tantas veces repetido de la aparición de la Virgen al pastor. Entre ellas el cuadro existente en la sala de peregrinos del Santuario de Sierra Morena, otro en Ubeda y varios más en Andújar. Estos cuadros tienen una pequeña leyenda al pie en las que se suele decir, cómo la Virgen se aparece al pastor, a un pastor o al pastor de Colomera, mas aunque dicen manco, no dicen en cambio el nombre, por lo que forzosamente tienen que dar un rodeo en la redacción, con lo fácil que hubiese sido evitarlo incluyendo el nombre de Juan de Rivas.

Y esto que decimos de las obras históricas publicadas y de las pinturas, es también aplicable a todo lo relacionado con la Virgen de la Cabeza que hemos tenido ocasión de ver: documentos, libros de actas, inscripciones, litografías, bulas, etc.

Trataremos de perfilar un tanto la personalidad del pastor a la vista de los escasos datos obtenidos. También aquí se ha de omitir por considerarla errónea, una historia o leyenda que nos refiere el señor Mesía—que después también describe la señora Fe Jiménez—sobre el origen de la desgracia del pastor de Colomera. No la traen Terrones ni Salcedo Olid; probablemente estará tomada también de alguna obra literaria, tal como ocurre con el nombre del pastor.

Este nace en Colomera, cuando esta villa estaba en poder de los moros. Desde su nacimiento le rodeó la pobreza más misera; pobreza que dimana de ser hijo de cautivos cristianos y que se acentúa con su desgracia física de ser manco. Como pobre de solemnidad, que diríamos ahora, se dedica al pastoreo y con este modesto oficio—muertos sus padres—viene a Arjona, también por este tiempo en poder de los moros, en tanto que Andújar ya estaba reconquistada por el rey San Fernando. Harto de sufrir privaciones y trabajos en poder de los moros

decide pasarse al campo cristiano, a lo que le impelia su fe y su carácter profundamente religioso. Una vez ya en Andújar, tiene que seguir dedicado al pastoreo, único oficio que sabe y que puede ejercer dado su defecto físico.

Es interesante y de la mayor importancia analizar esta incapacidad del pastor. De ella se deriva preferentemente la causa principal, base y fundamento del milagro obrado por la Virgen, para convencer a los iliturgitanos de su portentosa aparición.

En el lenguaje vulgar y corriente, se entiende por manco, a la persona que se ve privada del uso de la mano. Esta incapacidad se puede tener, ya por la falta total o parcial de un miembro superior, o ya por la atrofia o deformidad—congénita o adquirida—del miembro, o ya por parálisis del mismo. Salcedo Olid nos dice: "brazo y mano de que estaba manco", con lo que nos aclara a su vez, ser la parálisis la causa de su desgracia. No tenía amputación del miembro; éste, atrofiado o no, estaba paralítico, y, desde luego, inservible totalmente; lo que en el lenguaje un tanto médico se llama, incapacidad funcional completa de carácter permanente.

¿De cuándo databa esta desgracia del pastor? La tradición dice que desde su más tierna infancia. Mas no fiemos mucho de la tradición, que suele ser versátil e insegura, como ya hemos visto en más de una ocasión. Probablemente, por esta vez, parece estar en lo cierto: hubo de ser pastor, por ser incapaz para otro trabajo, desde sus primeros años; también por la consideración siguiente: que su incapacidad era de las que no dejan lugar a duda—parálisis con atrofia—ya que cuando mostró a las multitudes su miembro curado, nadie dudó de ser una cura sobrenatural y milagrosa, y es, que a todos sus conocidos, les constaba su invalidez permanente de mucho tiempo ha.

Era hombre piadoso, creyente y cristiano. Rezaba diariamente después del trajinar de cada día; ofrecía a Dios sus desvelos y trabajos, con los que había conseguido reunir una manada de ovejas. No sabemos su edad, al ocurrir el prodigio, pero dados sus antecedentes y su forma de comportarse, hay que pensar en la plena madurez. Era inteligente, aunque sencillo, con

una inteligencia natural clara y despierta; la táctica seguida por él hasta llegar al sitio de la aparición y la conducta observada durante ésta, así lo denotan claramente. Tenía recio carácter y obraba valientemente; otro con menos arrestos y valor, ante lo sobrenatural, hubiera esquivado el misterio; no huyó ni cejó en la empresa, hasta verla coronada, poniendo en juego hábilmente todas sus escasas posibilidades.

Ningún tratadista da noticias del pastor, después de ser trasladada la imagen a la iglesia de Santa María, de Andújar, salvo doña Luisa Fe Jiménez. Esta señora dice, fundándose en una tradición oral recogida entre los cofrades de Colomera, que el pastor se quedó en las inmediaciones del Santuario—en una cabaña construida por él—apacentando sus ovejas; visitaba a la Virgen por mañana y tarde; y por haber vivido siempre soltero, encontrándose viejo y solo, dejó sus bienes en beneficio del Santuario y se retiró a su pueblo natal, en donde bien acogido por sus paisanos, murió en el año 1310, a los noventa y seis años de edad, siendo enterrado en el cementerio de Colomera.

Una vez más falla la tradición en sus cálculos. El Santuario no se terminó hasta el año 1304; como la imagen de la Virgen de la Cabeza, hasta esta fecha estuvo en Santa María, de Andújar, mal podía ir a visitarla por mañana y tarde viviendo en los alrededores del Santuario; por otro lado resulta, que en el año 1304, el pastor tendría la friolera de noventa años y no parece tan fácil que a tan avanzada edad viviera solo y dedicado al pastoreo en plena sierra. También parece un tanto extraño su retirada a Colomera, entonces en poder de los moros, en donde no sería el ambiente tan favorable para sus prácticas cristianas como en Andújar. La fecha dada para su óbito en la anterior tradición—año 1310—parece demasiado alta; de ser cierta el pastor tenía trece años al ocurrir la aparición, lo que no parece probable, según queda apuntado más arriba.

¿DE dónde procedía esta imagen aparecida tan prodigiosamente al pastor de Colomera? Ya hemos razonado ampliamente y probado, cómo no tenía una procedencia contemporánea a la época de la Aparición; la imagen era de tiempos muy anteriores y llevaba oculta varios siglos en aquel sitio. La imagen tiene sin duda, un origen muy antiguo, y esto es lo que vamos a estudiar imparcialmente con la mayor brevedad posible ahora.

Al llegar a este punto y bien a nuestro pesar, nos vemos forzados a prescindir de todo documento histórico referente a esta cuestión, que tenga relación más o menos directa con la misma, por la sencilla razón de que no lo hay en manera alguna. No hay testimonio escrito que nos aclare el enigma; si lo hubo en tiempos pasados, se ha perdido totalmente sin dejar rastro ni huellas; ni aún tan siquiera referencias históricas de los tratadistas antiguos—nos referimos a los de época romana, visigótica y árabe—, anteriores a San Fernando.

Hemos de fundarnos en la tradición, principalmente, para tal estudio. Mas no crean mis oyentes que vayan a salir defraudados, ya que consideramos posible, llegar a conclusiones veraces que nos den luz sobre tan interesante cuestión.

A dos puntos esenciales o versiones se puede dejar reducido cuanto se ha dicho por palabra o por escrito, relacionado con el origen de la imagen desde el aspecto de la tradición, único camino por el que forzosamente podemos marchar para cumplir tan importante fin. Una de ellas dice que la imagen se remonta nada menos que a los tiempos apostólicos—siglo I de la era cristiana—. Fue San Eufrasio, primer obispo de Ilturgi, el que la trajo a esta antigua población romana. San Eufrasio en uno de sus viajes a Roma, según unos, o aquí en España, según otros, la recibió de manos de San Pedro para que sirviera de protectora a los iliturgitanos y fuera patrona de la sede episcopal de aquel varón apostólico. San Lucas convivió muchos años con la Virgen María y, al decir de los que siguen esta versión, pintó y talló su imagen repetidas veces. En Ilturgi estuvo la imagen recibiendo el culto y veneración de los cristianos, des-

de los tiempos de San Eufrasio hasta los de los godos; primero de forma secreta y oculta—por las persecuciones de que eran objeto—y después públicamente, a partir de la época en que la religión cristiana gozó de libertad. En la época de Sisebuto—años 612 a 620—se erigió en Iiturgi un templo catedralicio suntuoso dedicado a esta imagen y en él estuvo, públicamente venerada, hasta los años de la invasión árabe. Omitimos la tan conocida leyenda de la princesa Egilona, en honor a la brevedad Muerta ésta y su esposo el príncipe árabe Abdelazis, empiezan nuevamente las persecuciones contra los cristianos. Estos, temiendo una profanación, llevan a Valdemao el cuerpo incorrupto de San Eufrasio y al cerro del Cabezo, en Sierra Morena, la imagen de la Virgen. Aquí es ocultada, y así permanece hasta que se aparece al pastor de Colomera.

La segunda versión discrepa de la expuesta anteriormente, en el origen. Niega que sea de la época apostólica y que sea San Eufrasio el que la trae, y que San Lucas sea el constructor; cuanto más admiten que es de la época visigótica, cuando los godos ad juran del arrianismo y Sisebuto construye su templo catedralicio; algunos hasta llegan a creer que se remonta a la época romana, cuando cesan las persecuciones, mas nunca se puede remontar a San Lucas.

Veamos qué opinión le merece a la crítica histórica estas versiones tradicionales, y las conclusiones a que nosotros llegamos después de nuestros estudios realizados en torno a tan importante cuestión.

Mas antes veamos lo que dicen los tratadistas históricos de la Virgen de la Cabeza.

El P. Gutiérrez, la señora Fe Jiménez, el señor Mesía, el doctor Jiménez Reche y el presbítero Guzmán, con otros menos significados, sostienen la versión que pudiera llamarse de los tiempos apostólicos, según la cual, la imagen la hizo el evangelista San Lucas; éste la entregó a San Pedro, quien a su vez la entregó a San Eufrasio. Todos ellos, toman la versión de Salcedo Olid, sin análisis ni comentarios. La tradición de los tiempos apostólicos, mantenida por estos historiadores modernos es, repetimos, de Salcedo Olid.

Terrones Robles, en el capítulo XXVI de su historia de Andújar, dice sencillamente, que el origen de la imagen está en la invasión agarena: los cristianos de Andújar, la escondieron en Sierra Morena, en espera de mejores tiempos para la cristiandad. No hace mención del origen sanluqueño de la imagen. Ya es de chocar el silencio de Terrones sobre punto tan importante, no sólo en dicho capítulo, sino en el prólogo de la obra, escrito por el doctor Vander Hammen y León.

¿De dónde toma Salcedo Olid esta tradición de los tiempos apostólicos? La toma de Flavio Dextro, Luitprando, el arcipreste Juliano y demás miembros de la camarilla, engendros de los falsos cronicones, a los que a cada paso cita machacona e insistentemente. El juicio que actualmente merecen estos señores a historiadores, eruditos y críticos modernos, no puede ser ni peor ni más desacreditado para aquéllos. Terrones conoce estas citas—en su historia de Andújar sigue a los falsos cronicones, en algunos casos—mas en éste del origen de la imagen, no lo sigue, como historiador de cierto criterio y responsabilidad, según hemos visto en otros casos. Y no menciona este origen tradicional—que en cambio sí acepta después de él Salcedo Olid—por no verlo muy claro, seguramente. ¿Cómo si no iba a dejar de hacerse eco—aunque hubiese sido de pasada—de una tradición que atribuye la imagen al evangelista San Lucas? En cuantas ocasiones hay propicias para cantar las glorias históricas de su pueblo, Terrones Robles no las desaprovecha.

Felizmente, para que las cosas queden en su sitio, hay un autor de mediados del siglo XIX, que con sólo cinco cartas publicadas sobre la Virgen de la Cabeza, hace mucho más que otros con sus libros. Nos referimos a don Manuel Muñoz Garnica.

No voy a seguir lo dicho por él, no ya por razones de tiempo, sino por ser cosa bien conocida de todos. Resumimos su opinión: El ignorado artífice de la imagen pertenece a la Edad Media. Lo prueba su forma bizantina. En las invasiones de los bárbaros y sarracenos, los cristianos enterraban las imágenes de su culto para evitar que fuesen profanadas o des-

truidas, o para salvarlas de la persecución de los iconoclastas. Tal sucedería con la patrona de Andújar.

Así resumía Muñoz Garnica hace cerca de un siglo su opinión. El tiempo transcurrido, ha reafirmado esta opinión, también sustentada por la crítica moderna. Siento mucho no poder reflejar mi parecer razonado sobre tan interesante asunto a la vista de lo anteriormente apuntado—el tiempo y vuestra paciencia mandan—, por lo que paso a sintetizar en los siguientes puntos:

Primero.—Sobre el origen de la imagen de la Virgen de la Cabeza, aparecida al pastor de Colomera, no hay documentación directa alguna, ni tampoco indirecta o referencial digna de crédito.

Segundo.—Un estudio sobre este punto, hay que fundarlo en la tradición, previa depuración crítica de la misma.

Tercero.—Todos los tratadistas modernos de la Virgen de la Cabeza—excepto Muñoz Garnica—admiten la tradición, según la cual, la imagen la hizo el evangelista San Lucas. Tradición que todos toman de Salcedo Olid.

Cuarto.—Este autor fundamenta esta tradición en el falso Flavio Dextro, Luitprando, el arcipreste de Santa Justa o Juliano, autores de los falsos cronicones del siglo XVII, completamente rechazados por la crítica moderna.

Quinto.—Es muy significativo que no se haga eco de esta tradición—falsa a todas luces—el historiador de Andújar don Antonio Terrones Robles en el capítulo dedicado a la Virgen de la Cabeza y que en el mismo sentido actúe el doctor Vander Hammer y León en el prólogo de la misma. Este dato refuerza la tesis—mantenida por nosotros—de su falsedad.

Sexto.—El estilo y características de la imagen, sensiblemente bizantina, denotan pertenecer a los primeros siglos de la Edad Media; dato que concierta ya, con la tradición segunda, que hemos expuesto en su lugar y que no contradice la historia, ni la crítica.

Séptimo.—La conclusión anterior no está reñida con la tradición que dice haber pertenecido la imagen al templo catedralicio edificado por Sisebuto, año 612 a 620.

Octavo.—La imagen recibió fervoroso culto por los cristianos hasta la época de la invasión árabe; para evitar que fuese profanada por éstos, fue escondida en el cerro del Cabezo por los cristianos, donde se apareció al pastor de Colomera prodigiosamente en el año 1227.

Noveno.—Nadie puede negar con fundamento crítico, ni histórico, hecho razonablemente, que la imagen de la Virgen de la Cabeza, puede tener una antigüedad de catorce siglos aproximadamente.

* * *

Y puesto que las cosas, según Sócrates afirma y nuestro pueblo insinúa, tienen su principio, yo por mi propia cuenta y riesgo me atrevo a decir, que también tienen su final; final que es llegado en este momento, y, que no es menos transcendentalmente importante que el principio, porque pone remate a vuestra cumplida y generosa atención, y a la vez, os libera de mi torpe palabra. Y ved lo que son las cosas, el final acaba como el principio empieza: ¡Gratitud! Gratitud a estas dignísimas autoridades que me han honrado con su presencia, gratitud a mi querido amigo y antiguo maestro don Luis González López por su presentación, y gratitud a todos vosotros por vuestra inmerecida atención.

HISTORIA

